

Sobre *La difunta ceniza* de Jacques Derrida

Eduardo Rinesi

A propósito de Jacques Derrida, *La difunda ceniza / Feu la cendre*, edición bilingüe, traducción de Daniel Álvaro y Cristina de Peretti, Buenos Aires, La Cebra, 2009.

Intraducible, o al menos imposible de traducir sin pérdida o sin resto, el título de este libro de Jacques Derrida (*Feu la cendre*: la difunta ceniza) presenta justamente esta cuestión –recurrente en la obra del filósofo francés– del resto, o de los restos. Pone en comunicación al fuego (*feu*) con aquello que, justamente, *resta*, con aquello que *queda* después de que el fuego (pero podríamos decir también: después de que la vida) ha hecho su trabajo, que es un trabajo de consumición, agotamiento y desrealización. De aniquilación. ¿Qué queda, después? Quedan las cenizas. La ceniza, las cenizas, son, en efecto, lo que queda, lo que resta, son –como se dice– “los restos”, y lo que Derrida subraya en este título tan sugerente es que esos restos no son *lo otro* de lo que, por así decir, *es* (no son lo otro –el puro no ser– de lo que se dejaría atrapar, en cambio, de lado del “ser” de la dicotomía parmenídica, o hamletiana, del ser y del no ser), sino que están en un vínculo al mismo tiempo tortuoso y necesario con ese ser, al que contaminan y subvierten y desestabilizan, y que es tarea de la filosofía (una tarea en la que Derrida venía empeñándose desde hacía muchos años y muchos libros) tratar de pensar esa ligadura, esa relación. Que las cenizas, entonces, están en un vínculo necesario con el fuego (pero podríamos decir también, insisto: con la vida, o con el ser), que se realiza consumiéndose y dejando de sí apenas eso –ceniza– que ya no es, que no es un ente, que ya no es nada, o casi nada, que ya no más que el recuerdo o la huella o mejor todavía el *suplemento* –esa palabrita derrideana– de lo que fue una vez. Como los espectros de *Espectros de Marx* o como el lengua-

je de *De la gramatología*. De hecho, igual que el lenguaje para Heidegger, la ceniza es para Derrida –lo dice él así, con esta frase– “la morada del ser”, “la casa del ser”, pero ese ser es un ser siempre en fuga o en desaparición.

De manera que lo que tenemos aquí, en *La difunta ceniza*, es lo que podríamos llamar una ontología del desvanecimiento o de la aniquilación. Ontología cuya figura última, tremenda, es la del holocausto, que es la quema, la combustión de *todo* (*holos*: todo, *caustos*: quemar), y que exige una reflexión sobre el ser que se realiza desrealizándose, dejando de ser, y dejando entonces, como testimonio de ese ser que ya no es, sus cenizas. Las cenizas como testimonio pero también, entonces, como destino. Como destino del ser, del fuego. La palabra “encender” (que es una palabra que usamos para decir cosas como “encender la esperanza” o “encender la pasión”) contiene en su propio cuerpo a las cenizas, y las anuncia: en-cender. Lo mismo que in-cendio. Cendre: ceniza. En italiano, Cenicienta –la Cenicienta del cuento– se llama *Cinderella*. Y ya Freud nos ha hablado de ella: la más joven y la más bella de tres hermanas, que lleva en su nombre la representación misma de la muerte. Igual que la tercera de las hijas del rey Lear, que también es la más joven y la más virtuosa y la más justa y que, frente a la gritona elocuencia de sus dos hermanas, se muestra en cambio, ante su padre, *muda*, como la muerte. E igual que el tercero de los famosos cofres entre los que debe hacer su elección el joven Basanio, en *El mercader de Venecia*, que no es el de oro ni el de plata; sino el de plomo, es decir, el gris, ceniciento, mortecino. Casi una urna funeraria.

“La ceniza es la morada del ser”, escribe Derrida. Como el lenguaje, decíamos: como los nombres, que es lo que queda después de que la vida pasa, después de que el ser se extingue (es decir, se realiza, porque ser es extinguirse). “Sólo Dios puede saber / La laya fiel de aquel hombre. / Señores, yo estoy cantando / Lo que se cifra en el nombre”, escribió Borges en una estrofa de la hermosa *Milonga para Jacinto Chiclana* que resume una preocupación de toda su obra. El hombre, muerto, es inaccesible para siempre. No es. Lo que queda de él, como recuerdo, como suplemento, como *cifra*, es el nombre. O la ceniza. Nombre y ceniza. Escritu-

ra y ceniza: formas del gris de ausencia que queda señalando tenuemente, como con la punta del dedo índice, una presencia pasada, ya sida. Moradas del ser, entonces, pero moradas frágiles, inconsistentes. Restos, más bien, y restos desesperantemente móviles, inestables, inquietos. “*Rest, rest, perturbèd spirit*” (1.5.183), le rogaba Hamlet al espectro de su padre. Descansá, quedate quieto. Quedate muerto. Y quedate ahí. *Que los muertos se queden en su sitio. “Que, dans ce qui reste de lui, il y reste”*, escribía Derrida, en *Espectros de Marx*, sobre el deseo del príncipe Fortimbrás de que Hamlet, muerto y enterrado, no volviera más, después, no retornara, nunca más, al mundo de los vivos. Que se quedara, y que se quedara *ahí*, donde todos pudieran saber que estaba. Donde todos pudieran saber que descansaban —como dicen los avisos de los diarios— “sus restos mortales”.

El problema es que los muertos, los nombres, las cenizas, *no* se quedan ahí. No se quedan quietas. *No descansan*. La ceniza, evanescente, impalpable, inconsistente, no permanece ya junto a sí misma, escribe Derrida, no se pertenece a sí misma, no es una. Por eso la decimos a veces en plural: cenizas. ¿Es una o son muchas? En francés, observa Derrida, la pregunta es indecidible: *cen dre* se dice *igual* en singular o en plural: la “s” final, esa ese-suplemento, digamos, ese suplemento del nombre de ceniza (ese suplemento al cuadrado, entonces, o al cubo, porque es el suplemento del suplemento del suplemento del ser), esa ese suplementaria y final, digo, esa ceniza de la palabra “ceniza”, esa ese casi evanescente, *no se pronuncia*. Derrida repite una y otra vez una frase que, dice, lo persigue. Lo ronda, lo angustia: como los espectros. Lo busca. “Quién sabe por qué razón / Me anda buscando ese nombre”, escribía también Borges en la misma milonga que citábamos recién: los nombres, las palabras, las frases, los espectros, *nos buscan, nos asedian, nos persiguen*. Una frase, entonces, repite Derrida: *Il y a la cendre*. “Hay ceniza”. O bien (y esta diferencia tampoco se pronuncia, o se pronuncia apenas, como un acento sutil, como una divergencia mínima, como una pequeña presión, apenas perceptible, sobre una letra: “hay ceniza *ahí*”, *Il y a là cendre*. En efecto, si el “*la*” de “*la cendre*” es el artículo que determina a la palabra “ceniza”, la ceniza está en singular, pero no sabemos *dónde* está. ¿Dónde está

la ceniza? ¿Dónde están los restos? “¿De quién es esta tumba, compañero” (5.1.99), le pregunta Hamlet al sepulturero. Es desesperante, pone al mundo y al tiempo y a la vida *fuera de quicio* no saber de quiénes son las tumbas, dónde están los restos de los muertos.

Si al “là” le ponemos en cambio un acento grave y la pronunciamos un poquito más fuerte sabemos ahora que la ceniza está ahí (*là*: ahí; *Il y a là cendre*), pero entonces “*cen dre*”, ceniza, se ha quedado sin artículo, y por lo tanto lo que no tenemos modo de saber, ahora, es si la ceniza es una o si son muchas, si es la ceniza o si son las cenizas: en francés las dos palabras se pronuncian igual. Se escriben distinto (apenas distinto: una ese, ese suplemento, esa diferencia), pero se pronuncian igual. De modo que hay que corregir: no tenemos modo de saber si la ceniza es una o si son muchas *si estamos escuchando*; sí tenemos modo de saberlo si estamos leyendo. Lo que hace de este libro de Derrida una nueva vuelta, *otra vuelta de tuerca* sobre otro de sus temas recurrentes, obsesivos, siempre presentes en su obra, cual es, justamente, el de la diferencia entre la palabra escrita y la palabra hablada, el de su interjuego, el de su mutua determinación. Palabra escrita y palabra hablada: palabra y voz. Este libro, que tiene también algo (o mucho) de experimento (está escrito en dos columnas, con citas –auto-citas– en una, y en la otra una suerte de diálogo filosófico, cuyos interlocutores no están exactamente claros: uno parece ser el propio Derrida, otros parecen hablar con él y a veces, entre ellos, sobre él), este libro, digo, fue leído en voz alta por Derrida y otras personas, y esa lectura fue grabada y esa grabación circuló junto con el libro escrito, y todo ello fue parte del experimento cuyos materiales –la palabra y la voz: su relación y su distancia, su diferencia, en el doble sentido derrideano de *diferenciarse* y de *diferir*, de la distancia que las cosas establecen entre sí en el espacio y en el tiempo–, cuyos materiales, digo entonces, son también su propio tema.

Y lo mismo podría decirse del trabajo de traducción empeñado en la edición castellana del libro que ahora presentamos. Ejercicio imposible, aventura abismal que sólo podía fracasar y que sin embargo no fracasa, porque no se propone como lo que nunca podría ser: el quimérico ensayo de reposición en una lengua de un original escrito en otra, sino como un

acto creativo y audaz, que tiene que inventar a cada paso y logra salir del paso, siempre, con ingenio y con destreza. ¿Cómo, si no, traducir un juego de palabras? De los que aquí mencioné, uno (el de la frase que perseguía a Derrida: *il y a la cendre*) pierde toda gracia si se lo traduce literalmente. Álvaro y de Peretti hacen entonces algo intrépido: lo reinventan, hacen ellos *su* propio juego de palabras, escriben *ahí hay cenizas* y subrayan una vez el verbo haber (*hay*) y otra vez el adverbio de lugar (*ahí*), y cuando tienen que traducir la explicación de Derrida sobre su juego de palabras no pueden hacerlo literalmente, porque el juego de palabras ha cambiado: ya no se trata de la presencia o de la ausencia de un acento grave arriba de la vocal de un artículo, sino la sutil diferencia entre el *hay* y el *ahí*, diferencia apreciable en la escritura (cambia el sitio de la hache, cambia la y griega por la latina, aparece, ésta última, acentuada), pero, como en el juego derrideano, tenue y ligera al oído, lo que de nuevo nos lleva a la cuestión de los dos modos de ser de las palabras (el escrito y el hablado), que no deja de ser, como ya dije, uno de los temas de este libro.

El otro juego de palabras que mencioné aquí es el del título, *Feu la cendre*, simplemente intraducible. ¿Y entonces? Entonces (y como aquí, ante esta expresión magnífica, *Feu la cendre*, no se puede inventar otro juego que reemplace al del autor), lo que Álvaro y de Peretti hacen es escribir, abajo, el título en francés. La tapa del libro presenta el título en español y enseguida, en la misma tipografía, en el mismo color (¿cuál traduce a cuál?, ¿cuál es primero?), el título en francés. El título y después —por cierto— el libro entero: Álvaro y de Peretti decidieron hacer una edición bilingüe en la que el francés, entonces, acompaña al texto en español como un espectro, como una sombra, como un suplemento. El español versiona al francés, lo suplementa y lo suplanta, pero el francés acompaña después al español suplementándolo a la vez, quedándose, restando, permaneciendo ahí, como no queriendo irse del todo. ¿“Oprimiendo como una pesadilla” —como se lee en cierta célebre página de Marx— el otro texto, el nuevo, el castellano? Desde luego. Pero también convocado por éste otro texto, por este texto segundo, nuevo, castellano, que —igual que los vivos que en esa misma página marxiana quieren cambiar el mundo, hacer algo diferente, nunca visto— pide ayuda a los espectros del pasado,

“conjura temeroso en su auxilio”, escribe Marx, a los espectros del pasado: del texto pasado, del texto primero, del texto del muerto. Suplemento de su propio suplemento, ceniza de su propia ceniza, el texto de Derrida se ve llevado así a jugar un juego de espejos que a Derrida sin duda le habría gustado, y que Álvaro y de Peretti consiguen hacerle jugar con destacables erudición, sensibilidad y gracia.